Domingo segundo de Cuaresma, Ciclo C

Gén 15,5-12. 17-18; Sal 26,1. 7-8a. 8b-9abc. 13-14; Fil 3,17-4,1; Lc 9,28b-36

Una visión anticipada del Reino: la transfiguración

A partir del día en que Pedro confesó que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, el Maestro "comenzó a mostrar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir... y ser condenado a muerte y resucitar al tercer día" (Mt 16, 21); Pedro rechazó este anuncio (cf. Mt 16, 22-23), los otros no lo comprendieron mejor (cf. Mt 17, 23; Lc 9, 45). En este contexto se sitúa el episodio misterioso de la transfiguración de Jesús (cf. Mt 17, 1-8; 2 P l, 16-18), sobre una montaña, ante tres testigos elegidos por El: Pedro, Santiago y Juan. El rostro y los vestidos de Jesús se pusieron fulgurantes como la luz, Moisés y Elías aparecieron y le "hablaba de su partida, que estaba para cumplirse en Jerusalén" (Lc 9, 31). Una nube los cubrió y se oyó una voz desde el Cielo que decía: "Este es mi Hijo, mi elegido; escuchadlo" (Lc 9, 35) (C Ig C 554)

"Apareció toda la Trinidad: el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, el Espíritu en la nube luminosa" (santo Tomás, s. Th. 3, 45, 4, ad 2).

Tú te has transfigurado en la montaña y, en la medida en que ellos eran capaces, tus discípulos han contemplado tu gloria, oh Cristo Dios, a fin de que cuando te vieran crucificado comprendiesen que tu pasión era voluntaria, y anunciasen al mundo que Tú eres verdaderamente la irradiación del Padre (Liturgia bizantina, *Kontakion* de la fiesta de la transfiguración).

La transfiguración nos concede una visión anticipada de la gloriosa venida de Cristo "el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo" (Flp 3, 21). Pero ella nos recuerda también que "es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios" (Hch 14, 22) (C Ig C 556)

Canta también la liturgia oriental: «Luz inmutable de la luz del Padre, oh Verbo, con tu brillante luz hoy hemos visto en el Tabor la luz que es el Padre y la luz que es el Espíritu, luz que ilumina a toda criatura».

El Tabor representa a todos los montes que nos llevan a Dios, según una imagen muy frecuente en los místicos. Otro texto de la Iglesia de Oriente nos invita a esta ascensión hacia las alturas y hacia la luz: «Venid, pueblos, seguidme. Subamos a la montaña santa y celestial; detengámonos espiritualmente en la ciudad del Dios vivo y contemplemos en espíritu la divinidad del Padre y del Espíritu

que resplandece en el Hijo unigénito» (tropario, conclusión del *Canon de san Juan Damasceno*).

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)